

NICOS CAVADIÁS

Li



los **INTE
MPEST
IVOS**

NICOS CAVADÍAS

Li

TRADUCCIÓN E INTRODUCCIÓN
DE MERCÈ GUITART RIBAS

POSTFACIO DE KYRIAKOS KASSIMIS



Primera edición: agosto de 2014

Título original: *Λί*
(publicado por primera vez en 1987 por Agra Publications, Atenas)

© Angela-Loukia Kavadia, 2014

© del la traducción y de la introducción: Mercè Guitart Ribas, 2014

© del postfacio: Kyriakos Kassimis, 2014

© de esta edición: Editorial Funambulista, 2014

c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-942380-9-3

Depósito legal: M-21980-2014

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: © Janice Waltzer, *Sampans in Hong Kong*, 1965

Producción gráfica: Artes Gráficas Cofás

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Li

—Bueno, ya hemos llegado —murmuró el capitán Jarálambos—. Green Island tiene que estar aquí al lado. Pero no veo nada. Mi abuelo daría media vuelta.

Empezaba a amanecer. Entonces apareció la isla alta, verde, sembrada de palacios cual encajes de nubes. Llegó el práctico. Yo estaba en la popa esperando la maniobra. Las chicas subieron con él. Nos ayudarían a soltar los cabos, según la costumbre del puerto. El capitán agarró el megáfono y me gritó:

—¿Y esas quiénes son?

—Son de «esas» —le contesté.

—Que se larguen.

No respondí. Sabía lo que iba a pasar. Vi el alboroto en el puente. El práctico amenazó con irse si echaban a las chicas.

—¡Que se queden! —volvió a gritar el megáfono.

—¿Quiénes? —pregunté.

—Las putas, me cago en la mar.

Con su ayuda acabamos rápido. Eran eficaces, listas, manejaban los cables como si fueran *combolois*.¹

Cuando la cubierta estuvo lista, empezaron con nuestros camarotes. Fregaron con potasa, barrieron, quitaron el polvo. Otra

1. Popular juguete griego con cuentas, similar a un rosario, pero sin propósito religioso. Se utiliza como pasatiempo o método relajante. (*Nota de la Traductora*)

costumbre del puerto, regalo de la casa. A mediodía compartimos la comida con ellas, y en cuanto dieron las cinco ya fue otro cantar. La música silenciosa de la noche. A cambio de un precio. Por la mañana entramos en la dársena y al día siguiente fondeamos la embarcación entre Kowloon y Hong Kong, a la espera de entregarla a los nuevos compradores para poder marcharnos.

—Es que todavía no disponen del dinero —me dijo el capitán—. Por lo visto nos van a tener aquí una semana. ¡Claro que a ti te viene de perlas!

Una bruma baja cubría las dos ciudades sin impedirnos ver las luces multicolores encendidas día y noche. Estaba sentado en el comedor, solo. Entonces apareció en la puerta. El alto estribo contra el que, en los

mercantes, rompen las olas la tapaba de cintura para abajo. Me miró fijamente. A la espalda, estrecha y débil, en un pañuelo anudado en las puntas —un par de nudos bajo el cuello y el otro a la cintura—, llevaba auestas a un chinito de unos seis meses. Jugaba con la trenza retorcida de ella. Le dije que entrara. Saltó el estribo con gracia y elegancia sin agarrarse a ningún sitio. Vestía una camiseta de tela y un pantalón negro ceñido. En la mano llevaba un gran sombrero de bambú. Con un movimiento de hombros se recolocó bien al bebé en la espalda. No tendría más de ocho años. Su carita era fea, pero uno no se cansaba de mirar aquellos ojos que bailoteaban sin parar.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

—Quiero trabajar para ti hasta que os vayáis —me contestó en un inglés cantarín, como de golondrina.

—¿Qué sabes hacer?

—Barrer, fregar. También sé zurcir calcetines...

Eran sus manos las que hablaban. Se daba a entender con gestos.

—Me darás comida para mí y para mi hermano. No comemos mucho. No te saldremos caros.

La pillé mirando con avidez un plato de huevos que había encima de la mesa. Le di cuatro. Se guardó dos en los bolsillos y se quedó con los otros dos en las manos. Hizo ademán de irse.

—¿Adónde vas?

—A los sampanes, a mi casa.

—¿Cómo vas a bajar la escalera de cuerda?

—Ven y lo verás.

Fuimos hasta la borda. Sin hacer ninguna señal lanzó los dos huevos que sostenía en las manos y luego los otros dos. Me asomé y vi cinco pares de manos abiertas. No se rompió ni uno. Bajó como un mono por la escalera de cuerda. A nuestro alrededor había una docena de juncos pequeños. Lavandería, sastrería, cafetín, ultramarinos, dentista, acupuntor. Todos con su enseña y un dibujo pintado en ella. En la del sampán-burdel había un trébol amarillo. Por la noche arriaban las banderas e izaban los fanales. El sampán de la chinita no vendía nada. Su ideograma significaba: «La casa de los mendigos».

Al cabo de un rato volvió con su hermano, lo sacó del pañuelo y lo dejó con cuidado

en el hueco de un rollo de cuerdas. Se plantó ante mí de puntillas para parecer más alta.

—¿Así qué, me vas a coger?

—Sí. ¿Cómo te llamas?

Me dijo algo imposible de recordar y de repetir.

—Te llamaré Li —le dije.

Le pareció bien.

—¿Cuántos años tienes?

Levantó las manos mostrándome los diez dedos.

La entendí.²

—¿Dónde naciste?

—Aquí, en los sampanes. No he bajado nunca a tierra firme, igual que los otros cien mil que vivimos en el mar. Nos llaman

2. En Grecia, el gesto de mostrar la palma de la mano abierta a alguien se considera despreciativo. El narrador da a entender que aquí no es el caso. (*N. de la T.*)

«tankas». No podemos vivir en otro lugar. Ni siquiera nos protege la ley de la ciudad. Algunos huyen de aquí con papeles falsos. Las autoridades hacen la vista gorda.

—¿Y cuando se muere alguien en los sampanes?

—Viene la barca de los muertos. Es un junco con una vela grande. Va mar adentro y los tiran por la borda.

—¿No te gustaría ver Hong Kong, salir de aquí?

—Me lo conozco muy bien. Cada siete días vienen el maestro y el cuentista. El uno nos enseña a leer, y el otro nos cuenta historias de las dos ciudades. Si quieres, te puedo llevar por el barrio más difícil y traerte de vuelta sin perderme. ¿Lo probamos? Y tú... ¿de dónde vienes?